



P o r R E N A T O D E M E N D O N Ç A

NOMBRE famoso, destinado a recorrer el mundo, éste de Copacabana! La pequeña capilla de lago Titicaca—en cuyas orillas nació la devoción a Nuestra Señora de Copacabana—daría nombre, a la postre y para siempre, al gran escenario del hedonismo playero y elegante de Río de Janeiro.

El nombre es en sí mismo pintoresco y tiene olor de palmeras meciéndose al borde del mar; seducción halagüeña para quien desciende abrasado de las montañas y, sediento, percibe la proximidad de las ondas oceánicas, en contraste con la exhalación tropical de la tierra, al contacto misterioso y profundo de los elementos.

Según la tradición de los americanistas, Copacabana debió de significar panorama deslumbrante. Con esa expresión, los indios de Bolivia intentarían describir el paisaje solitario y único de las márgenes arenosas del lago más alto del Nuevo Mundo. Tanto los lexicógrafos brasileños como los portugueses, guardan silencio sobre la etimología de la palabra y su traslado a las tierras de Santa Cruz. Es obvio, sin embargo, que esa emigración del vocablo desde las orlas lacustres en el corazón del continente hasta la orilla marítima fué un milagro más de la civilización cristiana y occidental. Nadie sino la ermita de Nuestra Señora de Copacabana, situada en un principio en el extremo de la playa desierta, a considerable distancia del centro de Río, dió, al fin y al cabo, renombre y celebridad mundial a aquel maravilloso rincón del paisaje fluminense.

Copacabana es como un encaje de perlas entre las playas de Río. Situada entre las de Botafogo y del Arpoador, ofrece su albo tapete de arena fina, en una vasta franja de seis kilómetros. En las mañanas de sol ardiente, la irisación juega con todos los matices de la gama y pone en la randa arenosa tonos verdaderamente soberbios, que van desde la blancura nivea de la playa al verde esmeralda del mar embravecido.

Los días de calor añaden todavía otro colorido: los millares de quitasoles y los *maillots* de las bañistas, aquellas jóvenes de Copacabana, morenas, tostadas, esbeltas y elásticas, cuyos cuerpos, al emerger de la espuma de las olas, hacen creer en el mito del nacimiento de Venus.

La playa de Copacabana prepara así, a través de la vida higiénica y deportiva, de la natación al «volley-ball», una nueva generación cada vez más saludable y físicamente apta, que mejorará la muy mestiza población del Brasil.

De hecho, el mercader de Estambul no ideó ningún recurso que oponer a la completa ruina. El tapete mágico ofrece, a veces, una realidad consoladora y alegre, llena de posibilidades y recursos fantásticos, en medio de este mundo árido y dominado por el pánico.

El turista o el viajero que busca un refrigerio en alguno de los innumerables bares y *dancings* de Copacabana, ya sea en el «Lido» o en el «Alcázar», en el «Babiera» o en el «O. K.», tiene la sensación de estar deslizándose por el mundo, de estar yuxtaponiendo imágenes y visiones diversas de la vieja Europa o de la América inquieta. Y para que la ilusión resulte completa, está la variedad de los idiomas que se oyen al pasar. En tiempos de la última guerra, la afluencia de extranjeros era tal que se hizo famoso el calambur por el cambio efectuado con el nombre: *Jacob... Pacabana*, debido a la presencia enorme de israelitas.

Este carácter cosmopolita, a quien los viejos casinos «Atlántico» o «Copacabana Palace» prestaron el ímán universal de las ruletas y de los «croupiers» de Montecarlo, transformó a Copacabana en una ciudad dentro de otra.

Copacabana, independiente de Río, posee vida propia y agitada, no sólo en el comercio, sino en el aspecto social y en el artístico, como lo prueban los «teatros de bolsillo» creados recientemente. Sus cuatrocientos mil habitantes explican el festón de rascacielos que orla la playa, ahogando con su masa compacta y sus bloques monolíticos la existencia recogida y tímida de unas pocas mansiones y casas solariegas, vestigios de la antigua vida patriarcal y burguesa.

Copacabana vive la hora de los modernos y pequeños pisos, de los «petits-logements», que sustituyen a los anteriores y lujosos «flats». Los propietarios se codean con los millonarios en la hilera de imponentes construcciones de la avenida Atlántica.

No es, pues, de admirar que el vicio haya puesto allí también su garra y que la «Princesita del Mar» de la canción se haya transformado en la peligrosa sirena de Ulises...